

Terraza

(Por Adriana Schettini) "Busco departamento amplio, moderno, cómodo, último piso, con terraza", garabateó sobre una servilleta de bar. Recorrió el texto con la mirada más crítica y detectó defectos de forma y contenido. El papel, demasiado doméstico para presentar como original de un aviso clasificado. La descripción, demasiado ambiciosa para su presupuesto. Si la oferta inmobiliaria o la debilidad de su bolsillo lo impusieran, estaría dispuesta a depurar su deseo de toda adjetivación. "Busco departamento con terraza", le pareció más adecuado. Sacó la calculadora de la cartera, desplegó cifras, barajó intereses, sumó comisiones, evaluó gastos y encogió sus pretensiones al tamaño de lo estrictamente necesario: "Busco terraza". Mirada con ojos convencionales, la demanda resultaba, cuanto menos, atípica. Medida con la lógica de sus aspiraciones, era un ejercicio de asceta: prescindir de lo accesorio para que sólo quede lo esencial. No tuvo dudas: el departamento era la cáscara; la terraza, una pulpa sabrosa a la que quería sacarle el jugo aunque para eso tuviera que vivir en una carpa instalada en el suelo de baldosas.

No era el sol de verano brillando sobre el cemento, ni la módica ilusión de instalar una pileta de lona, ni la fantasía de disponer mesas y sillones para desayunar café, tostadas y jugo de naranja, envuelta en una bata de seda, parodiando a los ricos y famosos que amanecen en jardines que remedan el trópico, no era nada de todo eso lo que alimentaba su obsesión por la terraza. Hasta midió la posibilidad de alquilarla de día a quien quisiera gozar del aire y sol urbanos. A ella le basta con la noche, cuando el cielo imita la penumbra de una sala de cine y la ciudad se ilumina como una pantalla donde los departamentos de luces encendidas ventilan el ajetreo íntimo. Esa condición de espectadora privilegiada, sentada en la platea de la terraza, adivinando recortes de historias en las ventanas se le antoja un placer imprescindible. El juego es mirar sin ser vista. Dejar que sus pupilas se prolonguen hasta la cena familiar recién servida como una invitada fantasma; escudriñar en la fantasía de aquella muchacha tirada en un sofá con una novela y una gaseosa diet en la mano; saltar en los retazos de programas de la tele en los que picotea el control remoto del muchacho en slip; deslizarse en el sinfín de caricias de la pareja que hace el amor a la luz de una lámpara como en las mejores películas de amor y sexo; colarse en la mecedora de la viejita que falta de presente hamaca sus recuerdos; apropiarse de la silueta de la oficinista que con una mascarilla cosmética en el rostro pedalea sobre la bicicleta fija y sueña con la anatomía de Sharon Stone; ser la dueña absoluta de un Buenos Aires recortado sobre las luces de neón de los carteles publicitarios que titilan en el decorado de ese cine tridimensional.

El relato de Miguel Briante que aquí se presenta apareció por primera vez el martes 31 de enero de 1989 en este mismo suplemento. Poco tiempo antes de morir, Briante decidió revisitarlo, corregirlo y ampliarlo para su envío al último concurso de cuentos Juan Rulfo donde –se supo– llegó a morderle los talones al del ganador Julio Ramón Ribeyro. La presente versión inédita hasta hoy se publica en dos partes –continúa mañana– cerrando así la edición 1995 de este suplemento de cuentos estivales.

AL MAR

PRIMERA PARTE

Por Miguel Briante

Morir siendo el de los botes, no. En lo de Arispe, en todos lados, el de los botes. Porque un día hacía falta y crucé. La señora dijo: es el de los botes. Hubiera dicho: es el de las inundaciones. Que no son tantas. Una por año, en todo caso y al frío y al miedo los tapan el apurón, los gritos, las ganas de salvarse a uno mismo.

No. El de los botes. Aquí ando, cruzando peones como yo, con el río como éste. Manso, aburre. El miedo es mejor. Cuando es alto, el río, y tira con fuerza, está ese asunto: ir a parar al mar. Muerto, igual vería otra cosa, había ese olor. Habría, nunca estuve, muy ancho, ese olor.

Me ataron al río y la caballa está corriendo sola y sin querencia por el cuadro grande. La veo, pero no hay yegua que se arrime desde que soy el de los botes y mis botas serán de goma o no serán. Por si cualquiera quiere cruzar me lo paso solo en la orilla y a veces me voy de mí mismo, me hablo con otro hablar. Me cuido pero sabe aparecer, clarito, ese alambre como gancho a la espera, entre los pilotes del puente. Gancho y clavo de un mal.

La señora manda, desde ese día, en mi cabeza. Para los botes va a ser. Así que no hay destino. Encerrado entre dos barrancas, por el agua, nada más. Sé que más arriba el río pasa a ras del campo y yendo se ven las casas, los pueblos. De acá, no. El bote y uno. El de los botes, dijo la señora, y los botes con un solo bote, casi verde de abajo, sin otras señas. Hay días en que se va el día en mirarlo, en medir la tranquilidad que tiene el río para ir haciéndolo otra cosa, ni leña, y el bote viene a ser uno, que no lo cuida, como si el río ya hubiera ganado. Ni leña o huesos. Con ver el agua lamiendo ya se ve lo que va a pasar: primero un esqueleto contra la tierra de la orilla y después algo para adivinarse entre el barro y nada, al final.

Atado al río, entre las barrancas y por el agua, salgo a la mañana. Antes se mojaban las alpargatas con el pasto y así me iba despertando. Ahora, con las botas, eso que iba subiendo de la tierra ya no pasa. Camino sin sentir nada y la yegua, lejos, ya ni me ve. Mejor. Solo, hasta el mar.

Levanto los remos como siempre y sé que en algún lugar le dicen remos a las patas. De los caballos, de las yeguas. Yo fui de ésos: rastra, dos pares de botas, corralera y de carpincho. Unas, de descarne. Ahora estas botas se tocan y hacen ruido. Un ruido de gomas que se tocan, como de pichón caído, que todavía grita. Pasa en lo de Arispe, cuando se está callando en el truco, vigilando las señas todos callados. Viene el chillido y todos se ríen o hasta me adivinan un siete, el as. De a pie, sería otra cosa, que nunca fui. Pero ahora soy del agua, me lo pueden decir. Ser de a caballo es algo que todavía cuenta, por acá.

Meto el remo en el agujero, espero. Pienso en esto de ser el agua. Si fuera taxista, por lo menos, y me pasara horas en la estación o en Las Violetas, a cafecitos, mi vida no sería esta vida. Llega alguien. No lo conozco, o lo conozco pero está muy cambiado. No sé quién, un forastero. O alguna como Elena Fuentes, cuando volvió del sur para poner ese quilombo y contagiar de sífilis a medio pueblo. Alguno que toma o no toma un taxi. Pero viene, yo lo veo llegar, algo cambia en la vida del pueblo y en mi vida. Pero no, yo paso siempre la misma gente por el mismo agujero. Gente a la que se le puede saber los años y cómo van a ser los años que le quedan, como al bote.

Igual en lo de Arispe, cuando no hay truco y se habla porque es invierno, llueve. Nos podríamos contar la vida para adelante, cada uno a cada uno. Digo agujero por decir el río, el fondo de toscas, los bichos que se irán. Allá da vuelta el río y se termina el mundo, para mí. Antes ese clavo, ese gancho y clavo del que mejor no hablar.

Ahora no fumo ni con las barajas, en lo de Arispe. Desde la mañana la cabeza da vueltas, me acuerdo, me olvido. Envido. Ni señora ni yegua ni mujer. Envido. En lo de Arispe, donde se terminan las tardes, me gusta cantarlo en voz alta. No soy malo al truco y paso a la gente de orilla a orilla. La estancia tiene el río antes de llegar al pueblo y yo paso a la gente desde hace tantos años que ni me acuerdo. Desde aquella inundación. Me gusta el blanco, otra cosa. Ando de blanco en la mitad del río con esa faja negra, la de vasco. De orilla a orilla los días entran en los días, cada viaje. También cruzo muertos, cuando les toca. A uno, lo mató el caballo. Le pegaba, el pobre, al pobre, siempre a talerazos, y un día el caballo lo volteó y le mordió el cuello. Lo mordió y lo mordió. Salió en el diario y no miento. Miraba para arriba, muerto y sin saber que cruzaba el ruido del río, que a veces pasa sin hacerse notar.

Yo los paso. Yo, que fui peón. Ya ni hablo, o hablo con el río, mañero al oír. Los que cruzo hablan. Pero escucho, escucho. Medina, en esa sombra que le da la ginebra, levanta pueblos. Se va a ir para siempre, qué joder, y en un lugar de nada va a meter una casa y de ahí va a salir un lugar que se llame Florencio Medina, un pueblo, y habrá nietos. Eso, en los días en que el Salado es tranquilo. Pero cuando el bote tiembla más de lo que se conoce en la costumbre, ellos tiemblan más. Se ven andando a golpes por las aguas y se verán ya lejos, como yo me miro a veces, en el mar.

Hay gente buena, al revés. Pintó en la sombra el colorado y lo fueron trayendo de a poco. Cruz alta, patas para que el mundo no se termine nunca. Manso, a la vista, apenas si se le veía temblar el lomo, como si no se moviera. Pero dice que arriba era otra cosa. Quieto, de afuera, caballo; loco, en los huesos, sin hacerse ver. Se lo soltaron y todo lo que estaba ahí lo tuvo suelto. Pero el hombre lo pudo, al fin. Bajó, entre los gritos de la gente, en esa doma. Dijo que no. "Le gané porque me tomó cariño", dijo, "pero el premio no." Gente buena, ya se ve.

Se bajan, se van yendo los ruidos de los que hablan y esté en la orilla en que uno esté el Salado sigue, el río. Ahí, miro el agua. Yo vi pasar a un hombre atado con un alambre de púas, vaya a saber qué asunto. Iba tranquilo en la corriente, ya sin asco. Un opositor, seguro, porque hasta por aquí las cosas se saben. Se saben sin saber del todo, en estas orillas. Son asuntos que no son de nosotros; el río viene de lejos, va. Todo está empezando, cuando pasa, y todo va a seguir. Hasta en lo de Arispe, donde a veces lo único despierto son las botellas. Quietas, las botellas muerden las almas, raspan más lejos de las marcas de las caras. Otro río brutal como el chancho sin cabeza viene de su manera de callar. Mirarlas, es matar el mar. Mejor no tantear esa raya. Sueños peores que en la orilla. Allá donde a veces lo único despierto son las botellas hay historias que empiezan y pueden terminar. En la orilla no. Aquí no y el que pasa pasa, como venga. Yo mismo me hago, a veces, que estoy pasando, con estar.

Tiemblan cuando el río tira, en las crecientes y hablan cuando no hay señal. Medina cree en boludeces. Pueblos desde la nada, nietos cruzados con estancieras, municipalidades con su nombre. El otro, Altamirano, va a lo seguro. Medina sabe que nunca se va a ir y tiene atención con cada vaca, cada oveja. Altamirano pone una o dos vacas que son de él, en la parte que cuida, y ya tiene hasta para una camioneta. Yo, no. El bote. El bote, la señora que da la orden en mi cabeza me pide todos los días otra vuelta, y ya no lo miro igual. Si lo verde le gana la parte de abajo, si me lo han tocado. Marcas que van quedando en su madera. Alguien, de lo de Arispe, llega borracho antes que yo. Ahí me lo rayan, como que quieren escribir. Por eso vengo temprano.

O por lo chicos, que a veces vienen a usarme el bote, vengo temprano y a las dos horas, tres, cuando el sol pega en el río, y se hunde la luz, algo viene del fondo, siempre lo mismo: esas ganas de seguirlo, al río, hasta terminar. A las dos horas, tres, cae el primero. Me dicen que los cruce, como si no estuviera para eso. Les digo que para eso estoy.

Me subo al bote, empiezo con el remo. Nunca me olvido del agua que hay entre nosotros y la tierra, allá abajo. Los otros no hablan, pero también. De este lado y del otro y en el medio, mientras pasan las lisas, los surubíes, como tiras de plata o refucilos, un caballo sin hacer, una niebla en todo caso, respira desde la última tierra del río, ahí en la pobre arena, entre las piedras que aguantan las barrancas y llama, nos llama. Eso es lo que uno sabe. Y ellos se hacen los que no ven. De ahí mi indiferencia. Como un enano que nunca se muere andaré en el bote, manejando una sola raya, de aquí hasta ahí. He oído decir "callejón sin salida". Pero yo cruzo el callejón de un lado a otro, una vida de andar cruzando, y nada más.

De aquí hasta ahí de ahí hasta aquí o al revés del revés. He visto cosas que dan miedo, cuando estoy solo, cuando cruzo borrachos. Más caballos que muerden a los hombres hasta matarlos, tembladerales de un lugar del que vuelve lo podrido: huesos para hacer casa, canciones nunca cantadas, historias que no dan perdón. Hemos comido palos de letrina dicen unos cantos en estos medio sueños del río, entre el agua. Las paredes de las casas están llenas de sangre, cantan las aguas y yo las veo. Casas hechas de huesitos que se derrumban, secas de la carne. Veo y en los cantos algunas voces hablan de un dolor que no se podrá terminar. Quién arreglará nuestros días ahora, dicen los cantos, y cuando salgo es como si saliera de otro lugar, de historias de más lejos, como las de ese hombre atado con alambres de púas, que iba para el final.

Dirán que la diferencia es que soy raro, pero si es así es del río. Del río, que hasta me hablé así. A las siestas, cuando todo está pegado a esa raya que desaparece, por la curva, también he llegado a pensar en mi cabeza. No hay caso, no se la puede explicar.

(Continúa mañana)

Se reproduce aquí por gentileza de Michèle Guillemont

Resumen: el narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla en su mano para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula de su edificio accede al Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Etchenique lo ayuda y atribuye a "Ibrahim" los crímenes del Troglodita y de Narvaja, Catcher entra en acción y los acorrala en el Salón Verdi.



38 DE ESPALDAS

Catcher interrumpió el dispositivo que le había colocado a Melgar pero no le sacó los walkman ni el pasacasete del bolsillo posterior.

–Quietito igual –le indicó– que lo activo desde acá. Así...

Y enarboló obscenamente el dedo medio de la mano cubierta por un guante quirúrgico de látex que completaba su indumentaria de enfermero.

La expresión de pánico del otro indicó que había comenzado otra vez la ominosa cuenta regresiva.

Catcher lo desconectó con un sonriente gesto similar, y sin dejar de controlar la puerta del salón, que permanecía cerrada, bajó de la ambulancia, abandonó al Troglodita, más solo que nunca.

–¿Viste a la chica? –dijo ya en el camino.

Melgar sacudió la cabeza.

–¿Cuántos son?

–Adentro, cuatro. A uno no lo vi pero lo oí hablar con Pandolfi. Y tiene que haber muchos más apostados afuera –dijo el hombre de los walkman explosivos mirando a su alrededor–. En cualquier momento nos...

–No nos esperaban a nosotros, Melgar; ni a mí ni a vos. Esperaban a los Gigantes y a Pirovano. Además, los de afuera están controlados por Lacana –dijo Catcher.

–No se confíe, que la cana está con nosotros, digo con ellos... –se confundió Melgar.

Catcher sonrió, no le aclaró el equívoco. Después abrió la puerta:

–Vamos, adentro... –dijo casi cariñoso, dándole un alentador toquecito en el culo.

Parecía una escenografía dispuesta para un último acto ritual y aparatoso; todo el salón a oscuras menos la poderosa luz cenital que iluminaba el ring montado en el centro. Las hileras de butacas no estaban en su lugar sino apiladas en los costados, contra las paredes.

El hombre corpulento que estaba parado en medio del cuadrilátero comenzó a hablar no bien la puerta se abrió y puso a Catcher y Melgar con los pies en el borde del círculo de luz:

–Un paso más y quietos –dijo y fue obedecido–. Así... Muy bien. Al menor gesto los reventamos; a los dos, bolita... –especificó.

Catcher vio aparecer, a los lados del ring, al joven Roque que noqueara en su momento y al compañero de Melgar en el acoso al Mercedes.

–Vengo de canje; sé que no somos los que ustedes esperaban pero me dijeron que me daban una chica a cambio de éste y para mí es negocio -dijo empujando levemente a Melgar–. Eso sí; va enchufado, por razones de seguridad y garantía de trato justo.

–Hablá y no lo muevas.

–El problema no es con vos sino con la otra basura que estaba en la foto, además de tu primo el médico. Quiero verlo a él –precisó Catcher.

–Pero me agrediste a mí.

–Una vidriera, un gerente de ventas, unos kilos de fierros: nada... -enumeró displicente–. No tenemos diferencias fundamentales, Pandolfi. Sólo nos separa lo que va del Body Building al Soul Building, y algunas consecuencias de esa diferencia: el asesinato del "Milagro" Narvaja de esta tarde...

–Un traidor –acotó Pandolfi.

–La invalidez del Roperito Aguirre...

–Ese resentido es el más hijo de puta de todos.

Catcher no se inmutó y siguió con tono monocorde:

–El tráfico de drogas con la cobertura de los Gigantes bajo la carpa; el lavado de esa guita en la fundación Inversiones en Bienes Humanos y el Instituto de la Buena Hierba de Mar del Plata; la compra ilegal de armas en mascarada como importación de fierros y aparatos de gimnasia con la trucha Integral Body House...

–Basta –lo cortó Pandolfi–. No me gusta tratar con disfrazados. Ya lo hice mucho tiempo arriba del ring, cuando Juan Paredes era Súper Sugar y El Rockero... ¿Quién sos y qué querés?

–Dejame subir, que te explico –dijo Catcher.

–Quieto ahí mascarita –y los pesados se aproximaron apenas, amartillaron sus armas–: ahora Norberto Pandolfi es un empresario y sólo hace negocios. Ya no lucha.

–Pero la lucha continúa, Paredón.

–Unos giles me quisieron apretar con eso: ya no hay lugar para la lucha.

–El Troglodita creía que sí y lo mataron.

–Algo habrá hecho.

Se hizo un silencio espeso:

–¿Hay canje o no? –dijo Catcher–. Si no, lo entrego a quien le sirva: sabe mucho y está dispuesto a repetir todo lo que me contó a mí.

–¿Y si lo mato?

–Si lo tocan, vuela todo –dijo Catcher imperturbable mientras activaba el mecanismo y Melgar se estremecía–. Es una bomba ambulante... Andá contando, Melgar. Y que venga ella, ya.

Lo empujó hacia el ring mientras los pesados se tensaban y el bolita comenzaba con voz temblorosa:

–176... 175... 174...

–¡Traela! –dijo Pandolfi sin volverse.

Pasaron algunos segundos en que sólo se escuchó la cuenta regresiva mientras Melgar seguía avanzando.

Lentamente, desde el fondo y por el costado izquierdo de la sala se adelantó Bárbara hasta entrar en la luz. Al ver a Catcher hizo un gesto extraño, se volvió como buscando respuesta a sus espaldas. El hombre que la sujetaba por el brazo también entró en la luz sin decir nada.

Era el Fantasma Zambrano, más fantasma que nunca.

–¿Quién es éste? –dijo señalando al que era pero no era el que él esperaba.

No hubo tiempo para ninguna respuesta. Algo se movió a espaldas de Catcher; oyó la puerta, sintió el frío de la corriente de aire en la nuca y al volverse sonó el disparo desde la oscuridad. El fogonazo se reflejó en el cromado de la silla inconfundible.

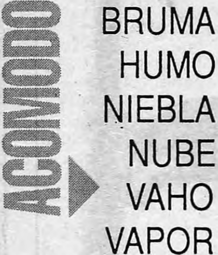
Norberto Pandolfi se llevó las manos al pecho y cayó de espaldas en medio del ring, sin un quejido.

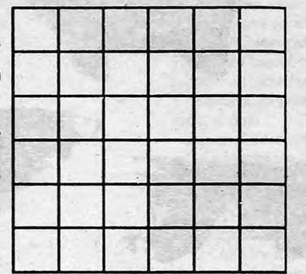
Roperito Aguirre tenía el arma en la mano. Etchenique empujaba la silla de ruedas.

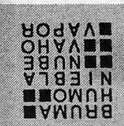
Mañana: 39. ¡Boom! y 40. Nunca más

juegos

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

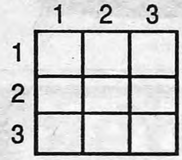






UNO-DOS-TRES

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.



HORIZONTALES: 1. Corsario, bucanero. **2.** Labremos la tierra. **3.** Decepción, desencanto.

VERTICALES: 1. (Amér.) Emparcha, remienda. **2.** Acudiremos. **3.** Obstáculo que impide el paso.

P	IR	ATA
AR	EMO	S
CHA	S	CO

ACADEMICO

	1	2	3	4	5	6	7
1					■		
2	■						
3						■	
4				■			
5		■					
6							■
7			■				

HORIZONTALES

1. Joroba./ Californio.
2. Madero horizontal sobre el cual descansan o se ensamblan otros.
3. Delicados.
4. De esta manera./ Oxido de calcio.
5. Verso.
6. Natural de Croacia.
7. Oro./ Filamento que crece entre los poros de la piel.

VERTICALES

1. Cuña.
2. Diosa egipcia, mujer de Osiris./ Símbolo del rutenio.
3. Pez teleóstomo.
4. Papagayo./ Ritmo negro urbano.
5. Escotadura de un vestido.
6. Símbolo del cromo/ Garantía.
7. Rotura en las rocas, fractura.

G	I	B	A	■	C	F
■	S	O	L	E	R	A
F	I	N	O	S	■	L
A	S	I	■	C	A	L
L	■	T	R	O	V	A
C	R	O	A	T	A	■
A	U	■	P	E	L	O

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

	133						
45							
			44				
		13					
	5						
				5			
	2		1				

234							
101	133						
45	56	77					
22	23	33	44				
12	10	13	20	24			
7	5	5	8	12	12		
4	3	2	3	5	7	5	
2	2	1	1	2	3	4	1

